



FACTOTUM
EDICIONES

PA —
LA —
BRAS —
MA —
YO —
RES .



FACTOTUM
EDICIONES

Cuentos chinos

Anónimo dinastía Han
Anónimo dinastía Tang
Ma Zhongxi
Pu Songling
Lu Xun
Lu Min

FACTOTUM
EDICIONES

PA —
LA —
BRAS
MA —
YO —
RES .

Cuentos chinos / Xun Lu ... [et al.]; Compilación de Guillermo Bravo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2024.

120 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras Mayores)

Traducción de: Rodolfo Moreno ; Pablo Rodríguez Durán.

ISBN 978-987-4198-61-7

1. Cuentos. 2. Cuentos Clásicos. 3. Antología de Cuentos. I. Lu, Xun II. Bravo, Guillermo, comp. III. Moreno, Rodolfo, trad. IV. Rodríguez Durán, Pablo, trad.

CDD 895.1

© Factotum Ediciones, 2024
Roseti 782 (1427)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

Antologación y prólogo: Guillermo Bravo
Coordinación editorial: Fátima Nieves García
Diseño de tapa: Natalia Brega

ISBN 978-987-4198-61-7

FACTOTUM
EDICIONES

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

Prólogo

Antologar es una tarea tan arbitraria y necesaria como nombrar las cosas que nos rodean; se sabe: nombrar es crear y crear es siempre un acto violento. Se trata de conjurar el peligro del que nos advirtió Lacan: “la palabra es la muerte de la cosa”.

En este caso, se trata de antologar lo infinito e infinitamente diverso. La idea es, de todas formas, acercar al lector que no frecuenta la literatura china una muestra de algunas de sus obras más interesantes y representativas. Aun así, hay que recordar lo obvio: esto es tan solo una antología, una de las infinitas posibles. Que sirva como puerta de entrada, como acicate para leer más de estos cuentos maravillosos, y no como una representación cerrada. Sumemos otro dato evidente: el carácter breve de esta antología nos ha obligado a elegir unos pocos nombres e historias de las que ofrece el

enorme universo de la que es quizás la literatura más rica de la Tierra.

“Li Bao y Cui Cui”, cuento anónimo de la dinastía Han, da inicio a esta antología. Su lectura puede recordar a los lectores occidentales a los cuentos de Andersen, quizás por el carácter universal de las fantasías que nos acechan en la niñez. A su vez, el relato toma un cariz que, recurriendo a otras tradiciones, nos invita a pensar en las historias de *Las mil y una noches*. Creo que no hay nada más literario que la magia gratuita, la magia porque sí. ¿Para qué pedirle a lo maravilloso que transe con las burocracias de la razón o las leyes de este mundo?

“El Mono blanco”, anónimo escrito durante la dinastía Tang, nos convoca a la misma sensación de maravilla metafísica –también, diría, el resto del libro, si es que hemos elegido bien–. En él, un simio intelectual y gigantesco secuestra a las mujeres más hermosas del condado y las mantiene cautivas para su placer.

La trama de la “Leyenda del lobo de Zhongshan”, de Ma Zhongxi [马中锡] es muy similar a uno de los cuentos de la ya mencionada *Las mil y una noches*. Aventuramos que la historia debió de cruzar Asia de boca en boca. En ella, un lobo traiciona al maestro que le ha salvado la vida. Este cuento se ha popularizado tanto que hoy el señor Dongguo y el lobo de Zhongshan, los dos personajes que se cruzan en un camino en el bosque, han pasado

a formar parte de la tradición china; uno denota bondad y confianza, el otro, traición e ingratitud.

Continúa la selección “El cadáver viviente”, de Pu Songling [蒲松齡], quien dedicó su vida a recopilar historias fantásticas populares y a inventar otras. En el cuento incluido en esta antología aparece el tópico de los viajeros que se hospedan en un hotel, o una posada, y la enorme posibilidad de aventuras o desgracias que eso pueda traer. Por lo demás, como suele suceder con este autor, el título es explicativo del devenir de la historia.

Lu Xun [魯迅], sin duda el escritor chino más importante del siglo xx, fue el introductor de la novela moderna en China; un activista cultural que abogó por la renovación de la literatura nacional en un país que parecía perder el rumbo luego de décadas de desastres sociales, con la idea de que una literatura nueva crearía una sociedad nueva. Hemos escogido su cuento “Una familia feliz”, donde se muestra el gozo torturado del oficio de escritor. Lu Xun, gran seguidor de la literatura y la política rusas, seguramente había leído aquello de que “todas las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia infeliz lo es a su manera”. El protagonista, un autor pobre y en apuros -un tópico delicioso que ha tentado a diversos literatos del mundo-, intenta crear una familia que sea feliz a su manera. Leer este cuento también nos permite entrever diversos aspectos

de la cultura de la época, como la influencia de las tradiciones europeas y la idea misma de un intelectual burgués.

Cierra esta antología “Palomas de pura sangre”, de Lu Min [鲁敏]. La narración sigue al Sr. Mu, un jubilado que tiene que lidiar con la fijación de su esposa -y de la sociedad actual- por mantenerse saludable y proactivo en perjuicio de sus propios deseos. La aparición de una paloma con un diseño de tridente en el plumaje desata en él un nuevo lente desde donde leer su pasado y su presente, su vínculo con la animalidad y la libertad.

El libro comienza con un cuento protagonizado por serpientes mágicas y termina con palomas de belleza “inusual y exquisita”. Quizás la literatura no es más que una permanente relación con lo inaccesible, con eso otro que los animales representan de manera misteriosa.

Según una tradición china, Wenchang Wang, el dios de la literatura y la poesía, leía todo lo que producían los escritores y los recompensaba o castigaba en consecuencia. Si su espíritu sobrevuela lo escrito en estas páginas, le rogamos que nos perdone nuestras torpezas e inexactitudes.

Guillermo Bravo

Li Bao y Cui Cui

Anónimo de la dinastía Han

El niño se llamaba Li Bao, su madre había muerto cuando él era muy pequeño y desde entonces vivía con su madrastra, una mujer muy cruel y egoísta. Li Bao fue creciendo y la madrastra comenzó a preocuparse por los bienes de la familia. Su deseo era matar a Li Bao para que el hijo que ella misma había concebido disfrutara solo de todo lo que poseían.

Un día, la madrastra dijo, fingiendo dulzura:

-Li Bao, a tu edad deberías conseguirte una mujer. Pero somos muy pobres, ¿quién va a querer mandar a su hija para que sufra en una casa pobre como esta? Debemos pensar algo para juntar un poco de dinero y conseguirte esposa. He tenido una idea. Te voy a dar una vaca y un toro y tú irás a la montaña a pastorearlos. Volverás cuando hayan tenido cien crías, así podremos venderlas y con ese dinero podrás conseguir una buena

esposa. Pero no debes regresar antes de que tengas las cien crías. Si vuelves antes demostrarás que te falta voluntad y no serás digno de entrar en esta casa.

Li Bao, lleno de tristeza, pensaba: ¿cómo es posible que dos animales engendren cien hijos? La montaña está llena de tigres, lobos y leones, ¡quién sabe si no nos comerán a todos! Cuanto más lo pensaba, más claro tenía que aquello era una trampa de su madrastra para deshacerse de él. Al final se dijo que era mejor ser comido por una bestia en el bosque a quedarse en esa casa donde no lo amaban.

Ese mismo día Li Bao agarró la fusta para los animales, un tazón, una olla y una frazada, y salió llevando consigo a los dos animales. Atravesó las zonas agrestes hasta que llegó a la ladera de una montaña llena de verdes hierbas. Siguió caminando y vio unos frondosos pinos y cipreses que crecían alrededor del agua de la fuente, estos rodeaban un templo, completamente hecho de piedra. Aunque las puertas y ventanas del templo estaban íntegras, el interior aparecía totalmente vacío. Li Bao recogió algunas hierbas, las ató e hizo una escoba, con la cual barrió el interior hasta dejarlo limpio. Luego se armó una cama con hierbas y hojas secas. Con tres piedras improvisó un horno; mientras, en otra de las habitaciones quedaba lugar para los vacunos. Cerrando bien la puerta las bestias no podían

entrar, de forma que Li Bao tuvo un lugar seguro para vivir y decidió quedarse allí por un tiempo.

Un día, después del desayuno, Li Bao llevó a los animales hasta la pradera y se recostó en la hierba mientras los veía pastar. Cuando se despertó ya iba a ser mediodía. Estaba por regresar al templo, cuando vio de pronto una serpiente verde y otra blanca luchando en una roca de la montaña.

Las serpientes se mordían entre sí y era difícil de distinguir cada una. Los colores y las agresiones se mezclaban y por momentos parecían una nueva especie de reptil, un solo animal moviéndose a toda velocidad. Li Bao golpeó con la fusta en el piso, las serpientes se asustaron y salieron cada una para su lado.

Al otro día Li Bao llevó de nuevo a los animales a pastar. Se sentó a descansar mientras los animales comían y sintió que una voz gritaba:

-¡Li Bao! ¡Li Bao!

Pero no vio a nadie por más que buscó con la mirada, ¿quién podía haber ido a estas peligrosas laderas llenas de animales salvajes? Volvió a escuchar que llamaban por su nombre. Se paró y empezó a buscar en los alrededores hasta que detrás suyo apareció un joven alto, completamente vestido de verde.

-¡Li Bao! No me conoces ¿verdad? Soy Qing Qing. Ayer peleé con Bai Bai. Si no me hubieras salvado

Bai Bai podría haberme matado con sus colmillos. Hoy te pido que vengas a mi hogar.

-No puedo irme, un lobo podría comer a mis animales.

-Si un lobo los comiera, prometo recompensarte con cien burros.

Li Bao ató a los animales y siguió a Qing Qing. Fueron caminando por un rato hasta que llegaron hasta una cueva en la montaña.

-Li Bao, esta es mi casa. Mi padre después de ofrecerte un banquete te hará un regalo, él está muy agradecido por lo que has hecho.

Después de que hubieran caminado un poco dijo, señalando un viejo tronco, sostenido por unos clavos contra la puerta:

-Ese madero que está colgado detrás de la puerta es un objeto milagroso. Puedes pedirle lo que quieras, es el tesoro de la familia.

Li Bao siguió a Qing Qing por la cueva que se iba ensanchando a cada paso y se hacía cada vez más luminosa. Luego notó una gran muralla y un patio. Los ladrillos eran verdes y blancos, con colocación muy pareja. A ambos lados de una enorme puerta había dos grandes leones de piedra. La puerta se abrió y salieron a su encuentro un viejo de barbas blancas y una anciana de pelo cano.

-¡Ha llegado Li Bao! Gracias por haber salvado la vida de nuestro hijo. ¿Cómo podremos corresponder tu bondad? -y a un tiempo los tres lo invitaron a la sala de visitas.

Apenas Li Bao se sentó a la gran mesa que lo estaba esperando empezaron a presentarse los platos, uno más delicioso y succulento que el otro. Era la primera vez en su vida que Li Bao veía una mesa servida con tanto lujo. Comió y bebió hasta saciarse, maravillado del infinito banquete, y cuando hubo terminado el viejo pidió que trajeran dos bandejas, una de oro y otra de plata, y presentándoselas a Li Bao dijo:

-Eres el salvador de mi hijo. No tengo nada a la altura de lo que hiciste por mi hijo para ofrecerte como agradecimiento, recibe este pequeño presente.

-Señor, le agradezco mucho. Pero con este magnífico banquete ya es suficiente. Ahora tengo que irme a cuidar de mis animales.

-De ninguna manera. Salvaste de buen corazón a mi hijo, tengo que agradecértelo. Li Bao volvió a negarse y el viejo siguió insistiendo. Finalmente dijo:

-Mira bien esta casa, te pido por favor que elijas algo que te guste y puedes llevártelo.

Li Bao miró por todas partes, notó que detrás de la puerta había en verdad colgado un reluciente palo de azufaifa, y dijo tímidamente:

-Quizás... ese madero de la puerta; me servirá para defenderme de los animales salvajes.

El viejo dudó un poco y contestó:

-Bien, tómallo. Pero con una condición: puedes defenderte de los animales salvajes, pero nunca lastimar a la gente con él.

El viejo descolgó el tronco y se lo dio a Li Bao. Luego lo despidieron. Qing Qing acompañó al joven hasta el cruce de dos caminos y una vez allí le dijo:

-Li Bao, tengo que serte franco. La pelea que tuve ayer con Bai Bai fue porque me tentaba una maceta que tiene en su casa con una flor llamada yuzan. Él no quiso dármela y me llamó "diablo negro". Ahora sé que Bai Bai te querrá invitar a su casa. Cuando su familia te ofrezca cosas no aceptes nada, solo esa maceta con la flor, ¡esa flor! Solo esa flor, solo esa flor.

Diciendo esto se transformó en serpiente y desapareció entre unos arbustos.

Al otro día, después de desayunar, Li Bao se disponía a salir con los animales a pastar cuando vio a lo lejos un joven que se acercaba. Estaba vestido completamente de blanco.

-¡Li Bao! ¡Li Bao!

-¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

-Me llamo Bai Bai. Anteayer me salvaste, ¿no lo recuerdas? Ayer vine a invitarte a mi casa, pero no te

encontré. Solo vi a tus animales pastando. Te invito hoy, ¡ven!

-No puedo ir, si el lobo se come mis animales mi madre me pegará.

-No te preocupes. ¡Si pierdes una vaca yo te daré cien caballos!

Li Bao no pudo responder, no le quedó más que seguir a Bai Bai hacia las montañas del noreste. Subieron una montaña y algunas lomas hasta que llegaron a una cueva.

-Esta es mi casa.

Entraron los dos en la cueva y no habían caminado mucho cuando apareció ante su vista un espacio de suelo plano lleno de flores y plantas muy extrañas. Pájaros raros y preciosos volaban por el cielo mientras que en tierra corrían todo tipo de animales. A través de un pasillo de piedras de colores llegaron a un lugar rodeado de agua y flores de loto. Gasas de color verde cubrían las ventanas de estilo clásico. Después de pasar la cortina se sentaron y Bai Bai le sirvió té frío en un vaso de cristal.

-Li Bao, espera un momento, voy a llamar a mis padres.

El suelo estaba cubierto con lujosas baldosas con motivos de pájaros de infinito color y elegantes formas. Los manteles, los cubiertos, todo era suntuoso y preparado con delicadeza. Li Bao esperó unos minutos hasta

que apareció un anciano de barbas blancas seguido de una anciana que se acercaron rápidamente a él.

-Bai Bai ha ido a invitarte dos veces. Por fin estás aquí. Salvaste la vida de nuestro hijo. -Una multitud de ayudantes se acercaron y sirvieron una infinita cantidad de platos exóticos.

Bai Bai ordenó traer una gran bandeja con monedas de oro y perlas blancas para regalarle a su amigo, pero Li Bao no las aceptó y se negó a recibir cualquiera de los demás presentes que la familia le quería otorgar, hasta que señalando una maceta dijo:

-Esa flor es muy linda, ¿me la podrían regalar?

El viejo inclinó la cabeza mientras la anciana empezaba a llorar en silencio. Bai Bai los abrazó y trató de consolarlos. Li Bao dijo entonces que no quería flor, no había pensado que ese pedido pudiera provocarles tal sufrimiento.

-Li Bao -le dijeron-, hay una razón para que hayamos actuado así, pero ahora no te la podemos decir. Ya la sabrás tú mismo... Ya que te gusta esa flor, ¡llévatela!... Esperamos que la cuides bien. Por nada del mundo la expongas al viento o a la lluvia o dejes de regarla ni un solo día.

Le dieron la flor y Bai Bai acompañó a Li Bao hasta la salida de la cueva. Este último lo quiso persuadir repetidas veces para que volviera, pero el otro no

quería dejarlo y lo acompañó hasta el sitio adonde había peleado con Qing Qing.

-Recuerda cuidar esa flor, es como parte de nuestra familia.

Bai Bai se sacudió, se transformó en una serpiente blanca, y se deslizó hasta perderse de vista. Li Bao volvió pensativo: ¿por qué esa flor había provocado una lucha a muerte entre Qing Qing y Bai Bai? ¿Por qué los padres de Bai Bai podían desprenderse del oro y las perlas, pero no de esa planta? Siguió caminando y sintió que la planta (un tallo de una flor delicada y pequeña) se iba haciendo a cada paso más y más pesada. Por fin llegó, agotado, a donde estaban los animales, que se encontraban pastando, a salvo. Pero ni bien hubo llegado Li Bao escuchó otra voz.

-¡Li Bao! ¡Li Bao!

Ahora quien lo llamaba era una hermosa joven, vestida con sedas verdes.

-Yo soy Cui Cui, la hermana mayor de Bai Bai. Yo soy la flor que cargabas en tu caminata.

-Cui Cui, yo no sabía quién eras, y no tengo cómo proteger a una joven doncella en estos parajes.

-Li Bao, yo sé que eres una persona de buen corazón. Sé que tu madrastra es mala y tú eres un joven trabajador que solo se dedica a cuidar a sus animales. Llevo mucho tiempo mirándote a escondidas y esperando la

oportunidad para hablarte. Qing Qing es el hijo único de mi tía paterna, y desde pequeño ha sido malcriado; solo sabe estirar los brazos para que lo vistan y abrir la boca para que le den de comer. Además, se le han pegado algunas costumbres inmorales. Él ha venido muchas veces a pedir mi mano, pero yo no le he hecho caso. También ha obligado a mi tía a interceder por él, pero mis padres se han negado a todos estos pedidos, pues saben cuál es mi firme voluntad. Quiero quedarme a tu lado, solo eso. ¿Me dejarías quedarme?

Li Bao no supo qué decir, se sentía profundamente feliz, pero al mismo tiempo pensaba que el templo en ruinas no era lugar para una joven como aquella. Entraron los animales y cuando fueron al comedor Li Bao vio que la mesa estaba servida con toda clase de delicias.

-¿De dónde ha salido todo esto?

Cuando levantó la vista de la suntuosa mesa vio que todo estaba ornamentado de magia: las viejas ruinas estaban cubiertas de seda y de lujosos empapelados, había muebles delicados de caoba, tallados con esmero, flores, joyas y más.

Entonces se abrazaron y esa noche durmieron juntos. Al día siguiente Cui Cui le dijo a Li Bao:

-Hermano Li Bao, mira cómo vuelan en conjunto las ocas salvajes en el cielo y cómo las hormigas caminan en

conjunto por el suelo como si las hubiera engendrado la tierra. No podemos seguir viviendo mucho tiempo solos en la profundidad de la montaña. Mira la pradera, cien terneros jóvenes y sanos, con ellos podrás volver y terminar la promesa con tu malvada madrastra.

Esa misma tarde se prepararon y regresaron a la aldea de Li Bao. Cuando entraron en el pueblo los vecinos no podían creer la entrada de semejantes animales gordos y bellos y las finas ropas de la pareja que iban a la cabeza de la tropa.

La madrastra de Li Bao contó los animales uno por uno y estuvo pensativa por un largo momento.

-Li Bao -le dijo-, me has demostrado que eres una persona valerosa y buena. He sido mala contigo, pero desde ahora te cuidaré y podrás vivir aquí con tu mujer.

Desde entonces, la pareja vivió feliz en el pequeño pueblo de Li Bao.

FACTOTUM
EDICIONES